

# Víctima de su propio estilo

---

## Víctima de su propio estilo

Entre los entretenimientos más habituales de los jóvenes ha estado el de la pelota; se jugaba en distintos lugares y a modalidades diversas. Servía el frontón, los porches del ayuntamiento o el pórtico de la iglesia.

Según las distintas épocas y el capricho de clérigos o munícipes se prohibía el juego en los lugares sujetos de alguna manera a su albedrío. Incluso en el mismo frontón hubo años y buenas multas en que durante las funciones religiosas tampoco permitían el juego de la pelota. Iban de la mano una política mal entendida y una religión cazurra.

El primer cuarto de siglo había llegado a Etxarri de coadjutor un dios tronante, cafre señor de cielos y tierra, borrego máximo, pancista absoluto, promotor de tumultos, torpe completo, inculto infinito, clérigo ultramontano, perfecto atrabiliario, político intolerante, cura mal encarado, apocalíptico servidor de la altratumbería, zokete integral y lacayuelo del dinero, por lo menos.

Lo mismo blandía un hisopo contra la cabeza del más cercano, que sacudía su bastón contra cualquiera; largaba patadas, tirones de oreja y golpes terribles de su puño y letra; personaje así y todo aun espetaba a los jóvenes: *"paicís de la selva"*

Semejante tipo era conocido como Don ..., vamos a omitir su nombre, porque los obligados antecedentes a nadie se le puede ocultar de quién se trata. Energúmeno tal dejó tan grabada su terrorífica imagen en propios y extraños, que está de sobra dar más detalles de su horrenda figura.

Cazaba, pescaba y sus insulsos sermones terminaban por dejar media iglesia dormida; la otra mitad le ponía al fin música de tarima desde el coro. Su colete no daba para más; porque de quien llegó a decir que Hitler era un enviado de dios, se puede pensar cualquier cosa, menos que tuviera línea directa con el Espíritu Santo. Digamos, en fin, que daba miedo y daba pena y daba misa.

La mayor parte de nuestros vecinos, a pesar de todo, se tocaban la boina a su paso, como si se tratara de un clérigo de nota.

Bendecía las casas, recogiendo raciones como un pordiosero, hacía conjuros y bramaba o gruñía a cada paso por todo y algo más.

Quien imagine que tenía facultades para alejar las enfermedades del ganado, asegurar las cosechas con sus plegarias, atraer la lluvia, proteger las casas del rayo

## Víctima de su propio estilo

---

o contribuir de algún modo al bienestar económico del pueblo, sesteaba en la más santa higuera.

Mikel había rematado una pelota, hecha a su gusto y capricho, con un refuerzo a golpe de aguja a imitación de un panal. Se fue contento a estrenarla y medir su destreza pelotazale con un amigo, al pórtico de la iglesia. Buen estreno le estaba dando aquella obra de arte, cuando llegaron dos de su mismo barrio con idea de hacer lo propio. Siempre se consideraba como derecho al juego en un lugar público previo del que antes hubiera llegado, incluso utilizara la pared arrojando la pelota o tocando la cancha; signos tradicionales de propiedad que han durado hasta hoy.

Por lo tanto los recién llegados debían esperar y así se lo hicieron saber; cara a la norma social tendrían menos derecho, pero amigo, también más fuerza, no en vano les llevaban un par de años de ventaja.

Tras un intercambio breve de palabras sobre prioridades, incluso de rogar a los recién llegados que les dejaran terminar el partido, éstos se hicieron con la pelota de punto de abeja y la tiraron del huerto de U. Barandiarán. Mikel ni por un momento pensó en quedarse sin su joya; saltó la tapia y la recuperó enseguida. En el salto de vuelta a la calle se dio de frente con la dueña de la finca tapiada. Comenzó a reñirle con la acusación de haberse metido en busca de manzanas; el joven le enseñaba su pelota y le explicaba la realidad. Como aun estaban en el atrio eclesiástico los culpables le invitaban a salir de dudas.

La correosa dama se atenía al salto que había presenciado que lo traducía como asalto al manzanal. Tuvo que retirarse dolido de tanta injusticia.

Anochece cuando se retiró a casa y cuál no sería su sorpresa al ver a su padre sabedor de su supuesto hurto; se lo había contado la vieja de marras y estaba de un genio crispado que no admitía explicaciones. Mikel empezó a dar su versión y el buen padre lo interpretó como un intento de engaño por parte de su hijo; fue el desencadenante para que le agasajara con una paliza de aquellas típicas, que le dejaban a uno con calefacción para medio invierno.

Se acostó dolorido, roto su esquema social, y se convencía a sí mismo de que todo aquello no debía dejarlo así; resignarse sin luchar contra tanto atropello no era digno de él.

Se levantó al día siguiente a las siete y media; hacía de monaguillo de aquel cavernícola, que celebraba a las 8. Todo iba normal, cuando al hacer el reparto por el comulgatorio, topa con la dueña de la célebre tapia. No pudo reprimir un gesto casi de rabia. En el momento de darle la blanca ruedica, entre las muecas y preces

## Víctima de su propio estilo

---

de rigor del troglodita, le pasó la bandeja (patena) bajo la barbilla y, no sabe bien si fue sin querer, que se le inclinó la palmatoria.

¡Que fue aquello! Le empezó a arder la cabeza; con la intervención del bombero improvisado no pasó del susto, aunque quedara un tufillo a chamusquina.

Terminada la misa, Mikel precedía al patizambo preste en la retira de la faena hacía la sacristía y entraron. Nada más quedar fuera de las miradas de la feligresía, le soltó un puñetazo inesperado, que lo trió contra el fondo del pasillo; no recuerda bien si llegó rodando o volando." Este hijo de Satanás, no me ha arrancado la cabeza de puro milagro", pensaba mientras iba hacia su casa, perdidas las ganas de desayunar. Ahora sí que no quedaría la historia con este final de ring: "este títere del demonio me las va a pagar".

Trazó un plan de represalia y lo desarrolló con toda precaución; cuando él lo cuenta, añade: " me salió, exacto, como lo había calculado".

Aquel energúmeno tenía afición a la pesca; se conocía los mejores pozos para las truchas, ya que gracias a dios, aquellos curas no tenían mejor cosa que hacer; pues todo lo demás ya vemos con que estilo lo despachaban.

Aquella tarde Mikel se metió dentro de un tupido matorral, cercano a uno de los pozos de querencia para aquel becerro. Tuvo que aguantar en el escondite mucho tiempo; pero al fin vio acercarse a su presa inconfundible, caña en ristre venía una viejísima sotana semirremandigada hacia la cintura. Para no hacer ruido hasta contenía la respiración. Cuando el confiado exorcista lanzó su caña, juzgó era el mejor momento; salió del matorral, empujó al de los conjuros y siguió corriendo; habían sido un par de segundos en total; era imposible mirar atrás.

Aquella inmensa mole del morabito chapoteaba con aspavientos frenéticos; pero no se ahogó como los del mal paso del Mar Rojo; dejó que las aguas volvieran a su cauce y se retiró, hecho un más perfecto basilisco que antes, a su casa abacial.

Se sentía Mikel moralmente recuperado en su prestigio; sin embargo, a nadie le podía contar su hazaña; pues como él dice, si se entera de quién lo hizo, lo hubiera matado. Tuvo que guardárselo en secreto durante años, prácticamente hasta que murió aquel penco acuático, a quien Dios conserve siempre a su lado y tenga a bien no devolvérselo al nuestro.

Una vez más se confirma que quien siembra vientos recoge tempestades. Cómo iba a pensar en tal naufragio aquel percherón de los altares. Jamás supo de qué manos le llegó el abordaje; todo el mundo caía bajo su sospecha, sencillamente porque

## Víctima de su propio estilo

---

todo el mundo tenía sobrada razones para firmar el baño. Murió diciendo: "el que a buen pozo se arrima, vigile bien si alguien se le aproxima."